



## UCRANIA

### La crisis ucraniana y la compleja relación con Rusia



El duro posicionamiento de Rusia en la crisis ucraniana tiene mucho que ver con la actitud de la UE, EE.UU. y del gobierno provisional de Ucrania.

La situación política, económica y social de la antigua república soviética ya era más que compleja antes de los eventos de los últimos meses. Se puede citar, como ejemplo anunciador de la crisis financiera del país, el problema de las subvenciones a la industria a través del precio del gas. La industria química y la siderurgia ucranianas, altamente consumidoras de energía, se han beneficiado a través de las ayudas públicas de un precio del gas de 50\$ por 1.000 m<sup>3</sup>. El precio más bajo propuesto por Gazprom ha sido de 268\$ por 1.000 m<sup>3</sup> y eso fue en diciembre, antes de la caída de Yanúkovich. El diferencial de precio, a cargo del Estado, ha pesado duramente sobre el déficit público ucraniano, uno de los principales problemas estructurales del país. Por otra parte, la situación de las reservas en divisas del Banco Central lleva meses siendo dramática. A finales de 2013 Ucrania estaba al borde de la suspensión de pagos y la situación no ha cesado de degradarse desde entonces. Tampoco olvidemos, para completar el panorama, los sorprendentes niveles de corrupción del país (posición 144 sobre 175 en la clasificación de Transparency International) y de economía sumergida (estimada a 50% del PIB), muy superiores a los de cualquier país europeo de su entorno.

Podemos endosar al presidente derrocado, Víktor Yanúkovich, una parte importante de responsabilidad en la crisis actual, ya que se dedicó en los últimos tiempos a mantener un doble juego, entre Moscú y Bruselas, haciendo creer a la población que era posible alcanzar un acuerdo de asociación con la UE, para terminar por aceptar las propuestas de Moscú, probablemente la posición más realista, ya que una Ucrania separada de Rusia no sería viable a corto y medio plazo sin una dolorosa reestructuración social. No olvidemos que Rusia siempre ha sido el cliente



natural de los productos de una industria pesada ucraniana, que se sitúa físicamente en el este del país, región poblada por una mayoría rusa y que hoy en día es más que obsoleta. Esta realidad, conocida por la población, explica en parte la fuerte adhesión de los habitantes de las provincias de Donetsk y Lougansk a la secesión.

Al sentarse a negociar con Kiev la UE ha tenido una actitud que algunos consideran “frívola” y otros ingenua. Para asegurar una situación económica aceptable a la población, en una Ucrania inmersa en un libre mercado europeo y fuera de la esfera de influencia rusa, se hubieran necesitado ingentes sumas de dinero que la UE difícilmente podía financiar. En aras de los intereses estratégicos y también de una filosofía de apertura y expansión europeísta tan bien intencionada como, ahora se ve, no del todo consciente de las consecuencias, han llevado a promover una Ucrania integrada en Europa Occidental, obviando la historia y la estructura económica y social del país. De hecho, uno de los principales errores cometido por la UE en el proceso de acercamiento a Ucrania ha sido el no haber asociado a su potente vecino en el proceso



negociador, ignorando los intereses de la Rusia de Putin. De hecho, la deposición del presidente Víctor Yanúkovitch por los manifestantes de la plaza Maidán y el prácticamente “nombramiento por aclamación” de los ministros del nuevo gobierno provisional, son acciones que han sido consideradas “ilegales” por el Kremlin y un ataque organizado contra los intereses de su país.

Para tensar aún más el conflicto, el gobierno interino, constituido exclusivamente por personas favorables a las tesis de la alianza con la UE, ha tomado decisiones que han desatado la ira de la población pro-rusa, tales como la anulación de la ley que confiere al idioma ruso estatus de lengua oficial en las regiones con gran proporción de ruso parlantes.

La reacción de Vladimir Putin, considerada “muy violenta” desde un punto de vista de las relaciones diplomáticas entre naciones, es bastante comprensible, o quizá más bien esperable, si se atiende a la historia de los dos países y, sobre todo, si se analiza con atención la postura de Rusia en cuanto a las relaciones con los países de su “zona de influencia”. Ucrania es independiente desde 1991, pero para los rusos el este ucraniano es Rusia, en particular la península de Crimea, cedida por Nikita Jrushchov en 1954. La precipitación con la que se desintegró la URSS, unida a la tumultuosa historia de la región en el siglo XX, han generado situaciones políticas complejas, nunca resueltas, como, en el caso de Ucrania, la profunda fractura entre el este y el oeste del país.



Por otro lado, desde un punto de vista geopolítico, Rusia pretende mantener su “cinturón de seguridad” y sus zonas de influencia económica en las antiguas repúblicas soviéticas. Ucrania es, de lejos, la nación más poblada y con la que Moscú tiene mayores lazos culturales, económicos y estratégicos, al mismo nivel que con Bielorrusia. La Unión Aduanera de Putin tiene poco sentido sin Ucrania.

Además, y para que veamos que todo depende del cristal con que se mira, mientras que Ucrania considera que Rusia interfiere en sus asuntos e intenta estrangular su economía como forma de controlarla, las autoridades rusas aducen que han apoyado en los últimos años más que nadie a la economía ucraniana. Prueba de ello es el precio del gas que, en contraprestación por el uso de la base naval de Sebastopol, resultaba ser un 30% más barato que la tarifa que Gazprom aplicaba a Alemania. La rebaja del precio del gas pactada en el acuerdo del 2010 ha representado una subvención real a la economía ucraniana de unos 11.000 mill.\$ en tres años. Los préstamos no condicionados y aplazamientos en el pago de la deuda gasista concedidos por Rusia en 2013 (alrededor de 5.000 mill.\$ por los dos conceptos) serían también una prueba de la voluntad del Kremlin en ayudar a Ucrania.



Mientras el conflicto sigue escalado, las tropas leales a Kiev preparan una intervención directa en Donetsk, que se autoproclamó república independiente el pasado 11 de mayo, y un empresario, Petro Poroshenko, gana las elecciones presidenciales celebradas el 25 mayo, para evitar el “default” de Ucrania, el FMI ha aprobado un

plan de ayuda de 17.000 mill.\$ en dos años, que podría completarse con las aportaciones del BM y de la UE, para llegar a 27.000 mill.\$. En teoría, esta “ayuda” permitiría a Ucrania desligarse de Moscú, pagándole sus atrasos y evitando la anunciada suspensión de pagos. Sin embargo, dejando las implicaciones diplomáticas al margen, hay que tener en cuenta que la “ayuda” no es una donación. Son préstamos que aumentan el nivel de una deuda exterior que ya sobrepasa el 90% del PIB y que servirían en parte para reembolsar los retrasos debidos al FMI (5.000 mill.\$) y correspondientes a programas anteriores, interrumpidos por los incumplimientos de Kiev. El Fondo tiene previsto desbloquear inmediatamente 3.200 mill.\$, pero exige para liberar el resto un plan de ahorro draconiano, que solo puede agudizar la crisis social y el conflicto con la población pro-rusa.

Hay razones, pues, para que las dos provincias del este, Donetsk y Lougansk, sigan el mismo camino de Crimea, buscando refugio en lo que consideran ser “la madre Rusia”. Culpar de la situación únicamente a Vladimir Putin, obviando la responsabilidad de la UE y EE.UU. en la crisis, sería un análisis demasiado simplista. Como también lo es olvidar que la actitud de Rusia obedece, en última instancia, al pulso estratégico que mantiene con Europa.

